

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

D<sup>a</sup> Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore. . . . aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible. . . . ¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

## LIBRO II.

### EL DUENDE DE PALACIO.

#### I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.



LEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á D<sup>a</sup> María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no

salía de su cámara, desconfiaba de todo el mundo, y apenas la asistían D<sup>a</sup> Eujenia y D<sup>a</sup> Inés de Medina.

Valenzuela quedó repentinamente solo, el confesor de la reina era en la corte su único apoyo, y éste le faltaba.

Entonces sucedió lo que era natural en aquel aislamiento, y como D<sup>a</sup> Eujenia se separaba tan pocas veces del lado de la reina, D. Fernando se entregó completamente á los amores de D<sup>a</sup> Inés.

La jóven procuraba encontrarle, las citas eran ya tan fáciles como frecuentes, y la hija del marqués de Rio-florido no esperaba sino una oportunidad para pedir á D<sup>a</sup> María Ana el empleo en México ó Filipinas de que había hablado á Valenzuela.

La ocasion no tardó en presentarse.

Una mañana la reina había quedado sola con D<sup>a</sup> Inés; D<sup>a</sup> María Ana estaba de mejor humor que otras veces y dirigió la palabra á la dama.

—Dúeleme—la dijo—esa vida tan triste que pasais á mi lado las dos.

—Señora—contestó Inés—al lado de V. M. no es posible sentir la tristeza, sino el placer de acompañar á V. M.

—¡Oh! no pretendas engañarme, ¿qué puede lisonjear á un corazón jóven una vida de soledad y retraimiento?

—Lisonjea la honra de estar al lado de V. M. y juro á V. M. que me encuentro feliz en esa vida.

—Yo te lo agradezco: tu lealtad te hace hablar así; yo conozco cuán pesada debe ser para tí esta vida siendo como eres jóven, noble y hermosa, y por eso mayor es mi cariño: dime, tú nunca me has pedido nada ¿no deseas nada?

—¡Señora!

—Dime, ¿algo deseas? ¿para tí, para tus parientes?

—Si yo me atreviera, pediría un favor á V. M.

—Pues atrevete, te lo permito; ¿de quién se trata?

—Del marido de una amiga mia.

—¿Y qué deseas para él?

—Un empleo en México ó en el Perú ó en Filipinas.

—¿Pero empleo en qué categoría? ¿es noble? ¿tiene colocacion en la corte?

—No, señora, no tiene ahora empleo, es noble.

—¿Y quién es él? sepamos.

—Fernando de Valenzuela—dijo D<sup>a</sup> Inés poniéndose encendida.

Pero la reina no lo advirtió, porque tambien ella se había ruborizado.

—¡Cómo!—esclamó—¿Valenzuela? ¿acaso quiere irse? ¿llevarse á Eujenia?

—Señora, no tiene empleo en la corte: como amigo del Reverendísimo padre Nitardo teme á los partidarios del príncipe, y creo que dejaria á Eujenia si así lo deseara V. M.

—Pero Eujenia nada me ha dicho.

—Señora, nada sabe de esto, que á mí me lo ha confiado Valenzuela.

La reina lanzó á D<sup>a</sup> Inés una mirada de desconfianza; adivinó con la penetracion de una mujer una historia en lo que la decia D<sup>a</sup> Inés.

—Bien, puedes contestar á Valenzuela que no tiene por qué temer á los partidarios del conde.

—¿Y el empleo?

—Yo te diré cuando he de hablar de eso; entre tanto á nadie, ni á él mismo, ni á mí digas una palabra; ¿entiendes?

—Sí, señora.

La reina entró en una profunda meditacion, y D<sup>a</sup> Inés,

en silencio, comenzó á reflexionar qué habría motivado el cambio repentino de S. M.

D<sup>a</sup> Eujenia entró á poco, y D<sup>a</sup> Inés quiso aprovechar la ocasion de hablar con Valenzuela.

Cuando la reina se vió sola con D. Eujenia, la dijo:

—Triste es el aislamiento en que me miro; no tengo confianza mas que en tí; los ministros y los consejeros me inspiran terror; creo que todos me engañan; no sé ni lo que en la corte pasa; no sé á quién confiar mis órdenes y mis secretos; no encuentro á quién consultar un solo negocio; estoy sola, sola en el mundo, sola siendo la reina.

—V. M. no tiene en mí toda la lealtad y todo el amor reunidos de todos sus vasallos?—contestó D<sup>a</sup> Eujenia.

—¿Qué puedes tú, pobre jóven? hay cosas que las mujeres somos débiles para cumplir: ¿podrás decirme tú lo que pasa en la corte? ¿entre la nobleza?

—¡Sí, señora!

—Sí, ¿y cómo, hija mia?

—Fácilmente; yo haré que mi marido me lo refiera.

—¿Tu marido?—dijo—tienes confianza completa en su lealtad y en su intelijencia?

—Ah! sí, señora: si V. M. le conociese, la tendria tambien; es un jóven con un corazon tan noble como el de un príncipe, con un talento clarísimo, al decir del padre Nitar-do; valiente, y que ama á V. M. como yo puedo amarla.

—¿Me ama?—dijo la reina con la voz un poco alterada.

—Oh! sí, señora! con qué entusiasmo me ha dicho mil veces, que seria feliz en dar la vida por V. M.

—¿Esto te ha dicho?

—Sí, señora, y cada momento.

—Quiero conocerle, tráemele.

—Ahora mismo, si me lo permite V. M.

—No, ahora mismo no, porque le verian entrar y desconfiarian de él; es preciso que sea á una hora en que nadie os vea, en que nadie sepa que venís á verme.

—En tal caso, si V. M. quiere, esta noche.

—Sí, es mejor esta noche, cuando esté todo en silencio, por el pasillo secreto.

—Está bien, señora.

—Procura que él nada sepa hasta el momento en que me vea.

—¿Desconfia V. M. de su discrecion?

—No, pero es mejor que se haga todo como yo te digo.

D<sup>a</sup> Inés volvió entonces á aparecer y la reina calló.

D<sup>a</sup> Inés habia tenido ya una conversacion con Valenzuela.

D. Fernando oyó la relacion que le hizo la jóven de su conferencia con la reina.

Cuando terminó aquella relacion, Valenzuela preguntó á D<sup>a</sup> Ines:

—¿Y vos qué pensais de tan repentino cambio de S. M.?

—Témome que alguien haya dicho algo mal á S. M. contra vos.

—En todo caso, mi posicion es malísima en este momento en la corte.

—Quizá no tanto como creemos, pero siempre es preciso estar prevenidos para cualquiera evento.

—¿Y qué medios hay para ello?

—Mirad, yo observaré, y si algo llego á descubrir, y si llego á comprender la causa del disgusto de Su Majestad, os lo diré al punto; fiad en mí; sabeis que os amo, que me sacrificaría yo contenta por vuestra felicidad, y que todo

mi anhelo es vivir á vuestro lado; nada temais, fiad en mí y amadme como yo os amo.

—Ya sabeis D<sup>a</sup> Inés que os adoro.

—Ese pensamiento me anima, yo velaré por vuestra suerte; adios.

—¿Os vais?

—Vuelvo á la cámara de S. M.; quizá estrañe mi ausencia.

Los salones de palacio habian ya quedado desiertos, los patios estaban sombríos y no se escuchaba mas que el lejano alerta de los centinelas.

Era ya la media noche.

En uno de los aposentos de palacio D. Fernando de Valenzuela y su esposa conversaban sentados al lado de una mesa.

D<sup>a</sup> Eujenia estaba serena, pero alegre; pensaba en que la fortuna parecia decidirse en favor de Valenzuela, y que aquel llamamiento de la reina era el principio de su valimiento.

D. Fernando, por el contrario, se creia al borde de un abismo. La conversacion que habia tenido con D<sup>a</sup> Inés, le preocupaba; mil sombrías ideas se agrupaban en su cerebro; pensaba en la persecucion, en el destierro, en la pobreza.

Sonaron las doce.

—La media noche—dijo Valenzuela—quiero que me expliques tu empeño en que permanezca yo en vela.

—Vas á saberlo en este momento, Valenzuela; sígueme.

—¿A dónde vamos?

—Te suplico que no me preguntes, porque no podria contestarte.

—¿Pero á dónde me llevas?

—Es órden de S. M.; sígueme.

D. Fernando se sintió turbado, la conversacion que habia tenido con D<sup>a</sup> Inés; la conducta misteriosa de D<sup>a</sup> Eujenia, todo le hacia presentir alguna desgracia.

Pero Valenzuela hubiera preferido morir antes que dar una lijera muestra de cobardía; tomó un sombrero y una capa y siguió á D<sup>a</sup> Eujenia.

El silencio que reinaba en palacio no se interrumpia, sino por el eco de las pisadas del jóven.

D<sup>a</sup> Eujenia parecia deslizarse como una sombra.